

## El ánfora de Beirut

El ánfora de Beirut la trae. Los fenicios homenajaban a sus muertos con dos ánforas, una contenía sus cenizas y la otra de menor tamaño -vacía se podrá aventurar- delineaba el espacio para el alma de quien ahora era polvo amado en la ofrenda junto al mar. Adriana la trajo de su viaje al Líbano, había sido invitada por una universidad de Beirut para un intercambio sobre temas de física de los fluidos y volvió con la pequeña vasija que representa a una mujer y a la que debía ir agregando monedas cada tanto, para convocar la suerte, la abundancia o el mero acto del recuerdo: una amistad, un viaje, un tiempo.

Habrá sido a mediados de los años 90 y desde entonces, cada tanto, coloco una moneda de diez centavos en su interior y oigo un leve chasquido de metal sobre metal. Decenas de veces creo haberlo hecho en veinticinco años, con una regla propia a cumplir: poner solo las monedas que recojo del piso, halladas en los rincones o levantadas justo en el momento en que han caído. No necesito más para conectar esa amistad intensa, no interrumpida, pese a que dejamos de vernos varios años antes de su muerte. Sé, por el sonido cada vez más opaco de las monedas al caer, que el ánfora mínima está casi a tope. Pero sé lo mismo desde hace otros tantos años y sin embargo, ellas siguen cayendo sin alcanzar nunca la superficie. Algo continúa nutriéndose y no se colma.

1984 nos reunió en la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos. Algunas veces, después de la marcha de los jueves, tomábamos un café en un bar de Avenida de Mayo, *rive gauche*, que ya no existe. Discutíamos política en los agitados días del primer Alfonsín, el que todavía no había enviado al Congreso las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida pero -pensábamos, junto a las Madres- iba inexorablemente hacia las formas del perdón y el abrazo con los militares. Los días se habían vuelto cortos para hacer tantas denuncias, escribir documentos, reunir datos, recibir en la casa de Antonia -nuestra sede formal e informal- a compañeros y compañeras que muchas veces compartían sus testimonios del horror vivido, por primera vez.

Cuando era posible, me gustaba escucharla hablar de física o de lo que reunía yo en el concepto de física, algo muy amplio que nos divertía co-indagar, ella desde el conocimiento y nosotros, porque también estaba mi compañero Oscar en esas tertulias, desde el asombro de creer, a la Galileo, que la naturaleza se explica si se posee el código. ¿Por dónde empieza a formarse el arco

iris? ¿Por qué las gotas son redondas? Eso, entre tanta pena contada y recordada. Un día le pregunté por los caracoles, ¿el gusano forma la caparazón o la caparazón al gusano? Estuvimos un largo tiempo, que no sé medir más que por la sensación de haber vivido un momento de conexión profunda, conversando sobre el origen de los caracoles. En verdad, la inquietud surgió porque ella había traído uno hermoso de una playa brasilera. Adriana reflexionó *no sé, es como preguntarse cómo hace una mujer para tener lindos ojos*. Quedó flotando el no saber, una experiencia que google fue suprimiendo demasiado pronto del repertorio de las perplejidades cotidianas. Después de ese día y esa conversación, escribí algo que le entregué la vez siguiente que nos vimos.

¿Cómo hace una mujer para tener ojos bellos?  
¿Y la tortuga, cómo hace los hexágonos de su caparazón?  
¿Y el mar, cómo hace el azul inmenso?  
¿Cómo labra sueños el caracol?  
¿Y las islas al borde de las olas, cómo llegan a ser?

Una que otra vez  
una mujer recoge un caracol  
con el mar bordado como espuma tersa.  
Una que otra vez  
un caracol se roza con tortugas  
de hexágonos bellos.  
Una que otra vez  
las olas traen azul de sueños  
en los ojos de una mujer.

Adriana recibió los versos con un asombro cordial. Ella no escribía muy seguido, pero cuando lo hacía sus palabras eran un rayo sobre la parsimonia burocrática a la que otros llamaban democracia. Uno de esos rayos, su carta abierta al Procurador General de la Nación, Juan Octavio Gauna, escrita bajo los efectos de la *justa ira*, un bien propio que no abandonó nunca, cultivado desde antes de su secuestro, pero con una estación allí, ineludible. El procurador pretendía deslindar, y así se lo ordenaba a los fiscales del país, entre los excesos y los actos de servicio realizados por los genocidas. Con lógica científica, la carta impelía al funcionario a definir cuándo torturar a un bebé era exceso, cuándo era orden bien cumplida, ¿si tenía 10 kg..., 15 kg..., 20 kg..., más...?

Se acercaban las sesiones parlamentarias en las que una recua de cómplices, todos ellos civiles, se disponía a votar la primera ley de impunidad del período. Desde la Asociación decidimos intervenir, dejar al menos una arruga en el liso declive del régimen constitucional hacia su propio

ahogo. El día del tratamiento en Diputados ocupamos, de a dos por balcón, el primer piso de la sala de sesiones. Entonces, 1986, no era muy sencillo alcanzar esos lugares de expectación popular. El pretender estar allí era ya sospechoso.

Pasamos los controles con naturalidad de estampa. A un determinado momento, por ejemplo cuando las argumentaciones fueran intolerables, una de las parejas en los balcones, la de Adriana y Bocha, comenzarían a gritar la consigna que Ernesto, otro compañero que nunca supo dónde había estado secuestrado y que con el tiempo dejamos de ver, había propuesto en la reunión de organización con la síntesis que a todos nos identificaba: *Punto Final, la lucha sigue igual*. El grito surgió del modo previsto y simultáneamente, en cada balcón de la sala de sesiones, nos pusimos una capucha negra en la cabeza, mientras continuábamos gritando eso, solo eso. La policía parlamentaria demoró segundos en llegar al primer piso, y sacarnos escaleras abajo, con una violencia consonante con nuestra imagen de encapuchados sometidos bajo muchos brazos. Alguno de los compañeros logró tirar su capucha sobre la cabeza de los diputados, ya de pie y ahora sí, indignados, dando órdenes en todas direcciones. Yo no logré sacármela antes de que me doblaran los brazos y me levantaran sobre los bancos que habíamos ocupado hasta que llegó el grito acordado de todos a una. La remisión a aquellas sombras era inevitable. De pronto, ya en la escalera a la que me arrastraban a los tumbos y a tientas...*como aquella vez...*, escuché la voz de Adriana -también ella arrastrada a la calle entre muchos-, que nos llamaba por nuestros nombres, para que respondiéramos si estábamos, si no nos habían llevado con la capucha ya puesta, de la casa de los representantes del pueblo hacia quién sabía dónde... Tal era el túnel de conexión al horror que esa ley de perdón evocaba. Tal era la presencia de la compañera, nítida voz entre las glosolalias de quienes se espantaban, por nosotros, no por lo que estaban a punto de votar.

Cierta tarde la invité a ver *Una giornata particolare* para poder hablar de otra cosa que no fuera la tortura. ¡Justo! Sin embargo, yo recordaba la luz de esa película, la secreta libertad de un día, la voz calma del protagonista. Adriana no era de mucho ir al cine pero aceptó como dándome una chance. Scola, Marcello Mastroiani y Sophia Loren me jugaban a favor. Y sí, estaba el machismo del fascismo, la homofobia, la encerrona diaria de las mujeres, pero también la sutileza y la ternura. La salvación por los libros. Tal vez allí, en ese iluminismo de resistencia residía la luz que yo evocaba. Ella, por su parte, vio en los gestos económicos del personaje de Sophia lavando los

platos mientras pensaba en sus nuevos mundos recién descubiertos, una condensación perfecta de la experiencia de las mujeres.

Por esa época se estrenó *La noche de los lápices*. Fuimos a verla casi como parte de la práctica militante. Discordábamos con el ocultamiento de los nombres de los represores, con el inocentamiento de los adolescentes, con la mostración del horror sin parámetros políticos que le dieran un marco de interpretación histórico. Rechazábamos el acento en la condena a los métodos, atroces, pero con más la exclusión del sentido. No había mucho eco, entonces, para esas posturas y desde la Asociación dábamos el debate. Me sorprendió cuando contó en una de las reuniones en casa de Antonia que había visto la película con sus hijos. Martina, Santiago y Teresa tendrían entonces entre 13 y 9 años. Toda nuestra línea política giraba en torno a reivindicar la vida y no el sufrimiento de nuestros compañeros y compañeras. Buscábamos empatía por las luchas asumidas y no por el dolor que nos habían infligido. ...Y ella no solo... sino que además... Le dije que había formado el Club de Tías Escandalizadas, más por las edades de sus hijos que por pasar por alto las diferencias de enfoque que combatíamos. Con su gesto áspero de decir lo irrefutable me respondió: *si es su historia*.

Fue ella quien ideó una acción, precisa, eficaz, en medio de la impunidad que se quería instalar como lo óptimo para la convivencia democrática: manifestarnos frente al Palacio de la Justicia, calle Talcahuano, con un cartel tipo sándwich que decía *Testigo se ofrece*. Algunos investigadores muy posteriores han querido leer el período contemporáneo al Juicio a los ex comandantes como el de la valoración de los testimonios de quienes sobrevivieron a la represión dictatorial. Un efecto de presente les hace ver como valoración positiva lo que fue un constante desencuentro entre el sistema judicial y las y los ofendidos por el horror de las desapariciones forzadas. Despreciados, estigmatizados, ignorados o temidos por décadas en los estrados judiciales, su palabra no convenía a la reconciliación y el olvido preconizados por los gobiernos posdictatoriales. *Testigo se ofrece* delimitaba lo ancho del vacío generado por esos gobernantes en torno a los reclamos del castigo en justicia.

No solo eso delimitaba, también organizaba las tareas de los sobrevivientes desde la perspectiva de Adriana. Al evocar la actitud de los trabajadores ofertando su oficio, su disponibilidad, su saber, también señalaba la direccionalidad de esas vidas liberadas del destino de la desaparición final. Como cuadro político formado en el análisis implacable de la lógica del capital, con tres palabras

había logrado ubicar articuladamente la impunidad planificada, el sentido de la supervivencia y la fuerza de quienes mueven el mundo, en plena Plaza Lavalle. Además del marxismo en variante maoísta que profesábamos -con distintos niveles de decantación, claro- pienso que la física de los fluidos miscibles y no miscibles tampoco era ajeno a ése, su poder de sintetizar las múltiples implicancias entre las cosas, los seres vivientes, los actos humanos, las ausencias.

Una noche, en la reunión de los miércoles en casa de Antonia, conversando sobre el modo de recopilar más y más testimonios de ex desaparecidos, ya a fines de los 90 y pensando en los juicios en España, de pronto lanzó a la gran mesa de madera con tapa de vidrio -un gesto de los brazos abarcativo acompañando sus palabras- *sueño con poder reconstruir todos los centros clandestinos, con todos los compañeros adentro, al mismo tiempo, celda por celda, tortura por tortura...*

El espasmo en mi estómago fue instantáneo, me recorrió un haz de dolor no desconocido, pero que funcionó como un límite en lo más personal de las tareas que había asumido, al perderse en la noche el auto que me dejó en una calle desconocida, tras el descenso a los infiernos en el invierno de 1978. Incluso valorando el absoluto sentido social de ese desvelo que ella llamó *sueño*, yo no podía seguir ese camino sin perderme en él. Veníamos elaborando, en conjunto con muchos compañeros -también con ella- los insondables del genocidio en nuestra sociedad; y en nosotros mismos, por cierto. Pensaba que pese a que nos empeñábamos en relatar, considerar y transmitir las militancias de tantos y tan diversos luchadores y luchadoras, siempre el peso de nuestra palabra se fundaba en el horror vivido. La reivindicación, por supuesto, estaba, y no era lo común por aquellos tiempos de equivalencias posmodernas. Pero representaba una línea, una frase, en el vasto decir de los testimonios, escuchados entonces por muy pocos. Como si el genocidio de las desapariciones forzadas tuviera la capacidad de subsumir todo lo que abarca, también las derivas más insospechadas, en su lógica desaparecedora.

El conjunto de nuestros sufrimientos reconstruidos sin orden de tiempo, aunque sí de espacio, para ser transmitidos, mostrados, reconfigurados en prueba judicial -tal el sueño de Adriana de aquel momento- arrasó mi sensibilidad sobreviviente que, pasados veinte años, continuaba buscando un sentido por fuera de ellos. Asumí ese desvelo de Adriana y de otros valiosos compañeros y compañeras de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos como un tren de recorrido necesario para la historia o la sociedad, que no obstante veía alejarse de mi presente. La fisura era más existencial que política, por lo menos, no en la acepción coyuntural de la política; pero el desgarró

que dejaba expuesto me afirmaba aún más en el entrañable, definitivo, valor del azar de los encuentros, tal como lo había entrevisto años antes en los versos escritos cuando el caracol de Brasil; y con ambos –la fisura y la unión- partí en busca de otros caminos de lucha.

Nos vimos por última vez en la Universidad de las Madres, año 2002, cuando con Graciela Daleo, otra querida compañera de la Asociación, acercaron, por escrito y en la mano, la solidaridad con las Madres por las torturas que había sufrido la hija de Hebe. Eran días del subsuelo posdictatorial, la miseria, la impunidad y el crimen ahondados ante nuestros ojos. Al cabo, el dolor extremo que buscábamos reelaborar con objetivos políticos y éticos liberadores para que la adhesión se realizara allá, en el horizonte de nuestras luchas, nos volvía a unir por sobre la distancia relativa de nuestros diferentes senderos. O quizás no era cuantitativo –más o menos unidad, menor lejanía- sino un volver a reconocernos en el más acá de los cuerpos, como en el trágico aprendizaje de los centros clandestinos.

*Teníamos la fuerza de la juventud dedicada a cambiar el mundo.* Palabras de Adriana dichas en un reportaje de los ochenta. Tenía la fuerza de la sobrevida dedicada a conseguir castigo para los crueles. La justa ira, la potencia de una voz que, sin embargo, era dueña de cierta calma, como pudimos notarlo ante el friso de jueces, defensores y fiscales, letánica casi, en la primera jornada de audiencias testimoniales de 1985, y como volvimos a escucharla, décadas después, en el primer juicio al genocida Etchecolatz; la inquietud por la reconstrucción en verdad de lo ocurrido *al* país, ese acento en lo colectivo del horror personalmente vivido por miles de miles, eran su *tempo* permanente, su modo de transitar la sobrevida y sus tareas. La caricia de la amistad podía demorar más en manifestarse. Llegó para mí con el ánfora que trajo de algún mercado libanés -reservorio de la suerte o lugar de almas- donde encuentro en el tiempo ese otro modo suyo de persistir. Algo que sigue nutriéndose y no se colma.

Inés Vázquez  
Diciembre/2020